

JESUS SANCHO

Introducción

El título de Rey es una denominación magnífica. De una u otra forma, incluso evitando intencionadamente el término para eludir cualquier connotación política, se utiliza para expresar cualidades o valores reconocidos como sobresalientes. Aplicado a Jesucristo excluye clara y expresamente toda resonancia que permitiera homologarlo con posiciones temporalistas, y no es otra cosa que el justo reconocimiento de su condición de Hijo de Dios, que ha conquistado en la Cruz la humanidad entera para Dios, su Padre, y sobresale por encima de todos los hombres en virtud de la sabiduría, de la gracia y del poder.

Si cada una de las razones es suficiente, los tres motivos acumulados muestran cuán legítimamente se le designa en el libro del Apocalipsis como «Rey de reyes y Señor de señores» (Apoc 19,16). De tal manera le corresponde que, hablando con propiedad, sólo El puede llamarse Rey en plenitud. Los demás pueden ser titulares de la realeza en cuanto que todo poder viene de Dios (cfr. Rom 13,1) y de El lo participan, igual que señala San Pablo que toda familia en el cielo y en la tierra toma nombre de la paternidad de Dios (cfr. Eph 3,15).

Cristo es, pues, el Rey; pero su reino no es de este mundo (cfr. Io 18,36). A propósito de la presencia de Cristo ante Pilato, el Crisóstomo comenta: «Confesó que era rey, pero rey del cielo»¹. Precisamente por la eminencia absoluta de su realeza, el señorío de Jesucristo —siendo también verdadero en las cosas temporales— se ejer-

1. S. JUAN CRISÓSTOMO, *Homil. sobre S. Mateo*, 86,1 PG 58, 763.

ce únicamente con la fuerza de la verdad y la vida, la santidad y la gracia, la justicia, el amor y la paz². Esta es su voluntad soberana, y no se le puede confundir con los modos humanos de poder.

El tiene un modo divino de reinar; modo *suavísimo*, según la calificación de la liturgia al pedir generosamente para todos los hombres que se sometan a su gobierno: «Eius suavissimo subdantur imperio»³. Y aunque confesamos en el Símbolo que Jesucristo vendrá a juzgar a vivos y muertos como Juez universal de los buenos y de los malos, dictando la sentencia correspondiente a sus obras, hasta que llega ese día de la muerte y el juicio personal o el juicio universal, prevalece en Cristo la misericordia mientras el hombre peregrina sobre la tierra; quiere reinar en los corazones —en todos— mediante la verdad y el amor, libremente aceptado su reinado con la libertad de hijos de Dios que El mismo nos ganó (cfr. Gal 5,1).

Este reino, que «es principalmente *espiritual* y se refiere a cosas espirituales, como se desprende de la Biblia y de la conducta misma de Cristo»⁴, viene atestiguado en la Sagrada Escritura (cfr. Ps 2, 6-8; Ps 109; Is 9,6-7; Lc 1,32-33; Mt 22,41-45; 27,29.37; Io 18,33 ss; 19,1-21; etc.), no menos que en los Santos Padres y en el Magisterio de la Iglesia. Podemos recordar, como momentos significativos de éste, la encíclica *Quas primas* de Pío XI⁵; el repetido esquema de los oficios profético, sacerdotal y regio, que sirve de base al Concilio Vaticano II para explicar la participación de todos los fieles en la misión de Cristo y de su Iglesia mediante el carácter sacramental⁶; la enseñanza, por fin, del Papa Juan Pablo II, que ha presentado el programa de su pontificado en su primera encíclica con esta frase del comienzo: «Jesucristo, Redentor del hombre, es el centro del universo y de la historia»⁷.

2. *Prefacio* de la Solemnidad de Cristo Rey.

3. *Colecta* de la misa en la Solemnidad de Cristo Rey.

4. «Verumtamen eiusmodi regnum praecipuo quodam modo et spirituale esse et ad spiritualia pertinere, cum ea, quae ex Bibliis supra protulimus, verba planissime ostendant, tum Christus Dominus sua agendi ratione confirmat» (Pío XI, enc. *Quas primas*, en AAS 17 (1925) 600). Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía* en la Solemnidad de Cristo Rey de 1980, núm. 4.

5. Observando los documentos del Magisterio de la Iglesia en los últimos cincuenta años, se puede comprobar un cierto pulso rítmico de afirmación de la Realeza de Cristo. En 1925 proclamaba Pío XI ante el mundo moderno que Cristo es el Rey de la humanidad y de la creación entera; para materializar su propósito instituyó la fiesta litúrgica que celebra este título del Salvador (cfr. Pío XI, enc. *Quas primas*, 11 dic. 1925, en AAS 17 (1925) 607). Pío XII iniciaba su pontificado bajo el signo de Cristo Rey (cfr. Pío XII, enc. *Summi Pontificatus*, 20 oct. 1939, en AAS 31 (1939) 413-453), y el 11 de octubre de 1954 publicaba la encíclica *Ad caeli Reginam* instituyendo la fiesta de la Virgen Reina, calcada toda sobre la Realeza de Jesucristo (cfr. AAS 46 (1954) 625-640).

6. Cfr. CONC. VATIC. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, núm. 31, 36, etc.

7. JUAN PABLO II, enc. *Redemptor hominis*, 1, en AAS 71 (1979) 257.

Las condiciones de esta Realeza, de la que los cristianos participamos por el bautismo, son ciertamente misteriosas y desbordan las categorías naturales del hombre; pero son también una lección ejemplar del comportamiento que el discípulo de Cristo ha de asumir como actitud clara y fundamental en su misma vida ordinaria a imitación del Maestro: que «Dios no se dirige a nosotros con actitud de poder y de dominio, se acerca a nosotros, *tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres*»⁸.

1. Exaltación de Cristo en la Cruz

Efectivamente, la exaltación de Cristo pasa por la Cruz. Una tradición cultural inveterada nos hace identificar realeza con poder, poder con gloria, y gloria con satisfacción de anhelos intramundanos. Por eso la paradoja del Evangelio es tan desconcertante para nosotros, ya que Cristo vincula su Realeza con el episodio de la Cruz, según se deduce particularmente de San Juan⁹. Allí encontramos esta afirmación: «Cuando yo sea levantado de la tierra atraeré a todos a mí» (Io 12,32), que sugiere de inmediato la conquista universal de los hombres redimidos por el sacrificio de la Cruz, al morir el Hijo de Dios por amor y obediencia en favor de la gloria divina y salvación de todos. Aludiendo a los versos precedentes, introduce Santo Tomás el comentario a este pasaje de San Juan diciendo que el evangelista señala ahí el modo de la clarificación (*clarificationis modum*)¹⁰.

Una inteligencia de este texto en el sentido de adhesión universal y firme en el amor a Cristo crucificado no parece verosímil, dado que, después de dos mil años, muchos no conocen a Cristo, ni le siguen ni le aman. Siguiendo los pasos de San Agustín el Doctor Angélico observa que no todos son atraídos al Hijo. Esta razón le persuade a leer *todas las cosas* en lugar de *todos*¹¹. De ahí que, ya en la época de los Santos Padres, se intentara una exégesis más satisfactoria.

Dionisio Cartujano entiende que la *exaltación* se refiere a la *cru-*

8. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, ed. 8, Madrid 1974, p. 333, núm. 162.

9. «Dans son évangile, saint Jean relie étroitement la royauté du Christ à son 'élévation' sur la croix» (M.-E. BOISMARD, *La royauté du Christ dans le quatrième Évangile*, en *Lumière et Vie* 11 (marzo-mayo 1962), p. 43). «Cette 'élévation' du Christ marque le début de son règne» (*Ibid.*, p. 50).

10. SANTO TOMÁS, *Super evang. S. Ioan. lectura* (12,32), lec. 8, núm. 1666 (ed. Marietti).

11. *Ibid.*, núm. 1674.

cifixión (cfr. Io 12,32), por la que atrajo Cristo hacia sí —no violentamente sino por la fe y el amor— todo género de hombres, es decir, algunos de entre los jóvenes y vírgenes, de entre los judíos y paganos, de entre los doctos y sencillos, de entre los pobres y los ricos. La razón que da es la satisfacción universal que Cristo alcanza con su muerte, en cuanto de El depende ¹².

Maldonado tiene presentes las diferentes interpretaciones de los Santos Padres y escritores eclesiásticos, y en ese balance considera que «*exaltación* es la muerte de Cristo», en contra del parecer del Crisóstomo que la interpreta desde la *resurrección* (el misterio que atraería todas las cosas, ya que por ella todos creerían en El y no creerían de no haber resucitado).

La lectura *omnes* u *omnia* en los diversos manuscritos, trata de dilucidarla desde la exégesis de los Padres más que desde el punto de vista crítico. San Agustín y San Beda prefieren *omnia* porque «no atrajo a todos los hombres, ya que muchos no creyeron en El, pero sí atrajo todas las cosas, a saber, el alma y el cuerpo de los que atrajo». A la exégesis de San Agustín opone los códices griegos, que traen πάντας = todos, en lugar de πάντα = todas las cosas, en la Vulgata ¹³; la interpretación del Crisóstomo, Cirilo, Leoncio y Teofilacto, que leen *todos*, aludiendo a «judíos y gentiles»; y la de Ruperto, que lee *todas las cosas*, como Agustín y Beda, pero con esta equivalencia: «el cielo, la tierra, los ángeles y los demonios, ya que en su nombre habían de arrodillarse todos los moradores del cielo, de la tierra y del infierno».

Al final, y con una clara opción por la lectura: *todas las cosas*, Maldonado hace una reducción ecléctica de las dos tendencias, por entender que —dentro de la sinonimia que las relaciona— Cristo «dijo *todas las cosas* en lugar de *todos*, para dar énfasis a la frase, puesto que quien dice *todas las cosas*, refiriéndose sólo a los hombres, parece, no obstante, se refiere a ellos y a muchas cosas más» ¹⁴.

Cornelio a Lápide recoge la exposición de Maldonado, completándola con algunos testimonios de los Santos Padres, prevalentemente

12. «*Omnia* genera hominum, id est quosdam de omnibus, scilicet iuvenes et virgines, iudaeos et paganos, doctos et simplices, pauperes et divites, *trabam ad me ipsum*, non violenter, sed amorese, id est, per fidem et caritatem convertam eos ad me. Christus enim moriendo satisfecit pro omnibus, quantum fuit in ipso; et merito suae passionis infusa est electis in toto mundo gratia, per quam audita evangelica praedicatione, ad Christum conversi sunt» (DIONISIO CARTUJANO, *In Sacram Scripturam commentaria* (in Ioan. 12,32), t. XII, t. XII, Monstrolii 1901, p. 506-507).

13. La Neovulgata promulgada por Juan Pablo II trae *omnes* en lugar de *omnia*.

14. JUAN DE MALDONADO, *Comentario al Evangelio de S. Juan*, Madrid 1954, p. 720-721.

mente de carácter ascético. Y concluye a propósito del *exaltatus*: «Cristo enseña aquí que la Cruz no debe ser mirada con horror sino abrazada, porque sólo la Cruz exalta»¹⁵. Lo que viene a ser una glosa de aquella sentencia de San Cirilo de Alejandría: «La gloria de Cristo es la Cruz»¹⁶.

La lucha dolorosa pero gloriosa sustentada por nuestro Señor Jesucristo en el campo de la Cruz, es contemplada por estos autores en una óptica de milicia armada, como la de un soldado que pelea contra el diablo, a quien arrebató los hombres. Cornelio a Lápide dirá siguiendo a Maldonado: los apartaré del diablo renuente para traerlos a mí suave pero eficazmente, no contra su voluntad sino voluntariamente, con el fin de hacerlos mis hermano e incluso hijos; de manera que igual que yo soy Hijo natural de Dios, también ellos sean hijos de Dios por adopción¹⁷.

El epílogo de su comentario podemos cifrarlo en este párrafo: «Cristo levantado de la tierra hasta la Cruz para quedar pendiente entre el cielo y la tierra atrajo a sí todas las cosas. Primero, reconciliando a Dios con los hombres, el cielo con la tierra los ángeles con los pueblos, los pueblos con los judíos... Segundo, porque atrajo a su fe y amor a todas las gentes del mundo entero; las atrajo de la tierra a la cruz —es decir, a la penitencia a la continua mortificación, al martirio—, y de la cruz al cielo; y las atrajo con el mérito y el precio de su sangre, con su ejemplo, con su amor... En tercer lugar, de modo simbólico Cristo en la Cruz atrajo a sí todas las cosas, es decir, a Dios creador con todas las criaturas, puesto que Dios fue aplacado por este sacrificio de Cristo»¹⁸.

15. «Moraliter docet hic Christus crucem non esse horrendam, sed ambiendam, quia sola crux exaltat» (CORNELIO A LAPIDE, *Commentaria in Scripturam sacram* (in Ioan. 12,32), ed. 9, t. XVI, Paris 1868, p. 512).

16. «Etenim gloria Christi crux est» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comm. in Ioan.* (12-32), PG 74, 93-94).

17. «Traham, id est abstraham ab invito diabolo, ut ipsos non invitos, sed volentes blandiendo suaviter, sed efficaciter traham ad meipsum, ut eos fratres meos, imo filios efficiam; ut, sicut ego sum Filius Dei naturalis, sic illi sint filii Dei adoptivi. Graece enim est ἐλκύσω, id est traham per vim, scilicet invito diabolo» (CORNELIO A LAPIDE, *o.c.*, p. 512-513).

18. «Porro Christus a terra exaltatus in crucem, ut medius penderet inter coelum et terram, traxit ad se omnia. *Primo*, quia coelum terrae, angelos gentibus, Gentes Iudaeis, Deum hominibus reconciliavit: 'Ipse enim est pax nostra...' (Eph 2,14). *Secundo*, quia omnes totius mundi gentes ad fidem et amorem sui traxit: traxit autem illas a terra ad crucem, puta ad poenitentiam, continuam mortificationem, martyrium, et a cruce ad coelum; traxit, inquam, *primo*, sanguinis sui merito et pretio; *secundo*, suo exemplo; *tertio*, suo amore. Quis enim Christum ex amore pro nobis ultro morientem non redamet?... *Tertio*, symbolice, Christus in cruce traxit ad se omnia, id est Deum creatorem cum omnibus creaturis. Deus enim hoc Christi sacrificio placatus fuit hominibus» (CORNELIO A LAPIDE, *o.c.*, p. 513).

2. Potencia de la Cruz

Quando Maldonado hace la exégesis del término *traham* en el texto de San Juan, habla de «la fuerza de este verbo, que no significa *traer a los hombres contra su voluntad*, sino *contra la del demonio*. Tiene, pues, doble energía este verbo; significa potestad de Cristo, a quien nadie puede resistir, el cual es tan poderoso que, si quisiera y fuera necesario, *atraería a la fuerza* a todos los hombres; y además señala la flaqueza del diablo si se compara con la potencia de Jesús, porque, contra la voluntad de Satanás y repugnándolo él, Cristo *le quita a los hombres de las manos*»¹⁹.

Lo que antes veíamos en San Cirilo entendido como gloria, ahora se interpreta como potencia, como fuerza, para reafirmar y revalorizar la gloria de la cruz, que tiene un sentido verdadero y real, aunque no encaje demasiado con nuestros esquemas terrenos. Y ambos aspectos son considerados en este comentario de San León Magno: «¡Admirable potencia de la Cruz, inefable gloria de la Pasión!, en la que está el tribunal del Señor, y el juicio del mundo, y la potestad del crucificado. Porque atrajiste, Señor, todas las cosas hacia ti, y al extender todo el día tus manos al pueblo que no creía y que te contradecía, el mundo entero recibió el sentido de la confesión de tu majestad... porque tu cruz es fuente de toda bendición, causa de toda gracia, por la que se da a los creyentes fuerza en lugar de flaqueza, gloria en lugar de oprobio, vida en vez de muerte»²⁰.

Juan Pablo II gusta de utilizar esta categoría también. Dice el Papa: «Como signo de su realeza ha escogido la corona de espinas en vez de la corona real, y la cruz en lugar del trono... Y así reveló el programa de su reino que quiere verse libre de los atributos del poder terreno para descubrir los pensamientos de muchos corazones (cfr. Lc 2,35) y para acercarlos a la verdad y al amor que proviene de Dios... Ellos (los mártires y confesores) anunciaban a Cristo crucificado como 'poder y sabiduría de Dios' (1 Cor 1,24)... El poder de Dios y la sabiduría de Dios revelados en la cruz, se manifestaban así más poderosamente en las debilidades humanas... No obstante,

19. MALDONADO, *o.c.*, p. 721.

20. «O admirabilis potentia Crucis! o ineffabilis gloria Passionis! in qua et tribunal Domini, et iudicium mundi, et potestas est crucifixi. Traxisti enim, Domine, omnia ad te, et cum expandisses tota die manus tuas ad populum non credentem et contradicentem tibi, confitendae maiestatis tuae sensum totus mundus accepit...: quia crux tua omnium fons benedictionum, omnium est causa gratiarum, per quam credentibus datur virtus de infirmitate, gloria de opprobrio, vita de morte» (S. LEÓN MAGNO, *De Passione*, sermo 8, 7 PL 54, 341).

tal vez hoy más que nunca el hombre tiene necesidad de esta fuerza y de esta sabiduría que eres Tú mismo, ¡Tú solo: mediante tu cruz! »²¹.

Se entiende entonces la expresión, que suena tan extraña a los oídos: *Regnavit a ligno Deus!*²², reina Dios desde el madero de la Cruz. Se entiende que la Cruz haya sido calificada audazmente como «el trono triunfador», que es un título a primera vista desconcertante: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos, tiene dispuesto el trono triunfador. Tú y yo no lo vemos retorcerse, al ser enclavado: sufriendo cuanto se pueda sufrir, extiende sus brazos con gesto de Sacerdote Eterno»²³. Se entiende, finalmente, este coloquio dulce y fuerte de San Buenaventura: «¡Oh, cuán espléndido te mostraste en el día de tus bodas, Rey mío, Esposo mío, buen Jesús! ¡Con qué liberalidad regalaste cuanto poseías! A los que te crucificaban, tu oración afectuosa; al ladrón, el Paraíso; a la Madre, el hijo; al hijo, la Madre; a los muertos, la vida, a las manos del Padre, tu alma. Ofreciste a todo el mundo señales de tu poder; para redimir al esclavo, no ya unas gotas, mas toda la sangre derramaste por multitud de heridas anchas, profundas. Al discípulo alevoso, al traidor diste pago de su crimen, y entregaste a la tierra por breve tiempo tu cuerpo incorruptible»²⁴.

3. Ἀνακεφαλαίωσις

El texto de San Juan 12,32 resuena en la Carta a los de Efeso 1,10, que San Jerónimo comenta con estas palabras: «En la Cruz del Señor y en su pasión fueron recapituladas todas las cosas, es decir, todo lo que está comprendido en esta ἀνακεφαλαίωσις»²⁵.

En el enfático prólogo habla San Pablo de los arcanos designios de Dios sobre la predestinación y salvación humana por Jesucristo, dando a conocer el misterio de su divino beneplácito que busca res-

21. JUAN PABLO II, *Alocución* en el «Viacrucis» del Viernes Santo (1979).

22. VENANCIO FORTUNATO, Himno *Vexilla Regis*. Cfr. una idea similar en Liturgia de las Horas, Preces de los Laudes de la *Feria VI in Passione Domini*.

23. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, ed. 21, Madrid 1978, p. 42 (consideración sobre el 5.º misterio doloroso). Cfr. del mismo autor, *Viacrucis*, Madrid 1981, p. 27 (consideración sobre la 2.ª estación), donde encontramos la misma idea: «Pero la Cruz será, por obra del amor, el trono de su realeza».

24. S. BUENAVENTURA, *Vitis mystica*, cap. 9, 2.

25. «In cruce itaque Domini, et in passione eius recapitulata sunt omnia, id est, universa in hac ἀνακεφαλαίωσει supputata» (S. JERÓNIMO, *In epist. ad Ephesios*, lib. 1, cap. 1 (vers. 10) PL 26,454).

taurar todo en Cristo, lo del cielo y lo de la tierra (Eph 1,10: *instaurare omnia in Christo, quae in caelis et quae in terra sunt*). El término clave es ἀνακεφαλαιώσασθαι (*instaurare*, en la Vulgata), de donde se ha formado el sustantivo ἀνακεφαλαιώσεις, «que ha dado lugar a interpretaciones diversas pero no dispares», según Prat²⁶.

Santo Tomás interpreta el *misterio* como la «restauración de todo en Cristo, esto es, por Cristo, en los cielos (o en los ángeles, sin que debamos entender que Cristo ha muerto por los ángeles o, como Orígenes, que los ángeles condenados serán redimidos por Cristo; sino en el sentido de que, al redimir al hombre, se repone la ruina de los ángeles), y en la tierra, por cuanto se restablece la paz del cielo con la tierra, entendido en cuanto a la suficiencia, aunque no todo se restaure en cuanto a la eficacia»²⁷.

Esta referencia directa a Cristo, cuya naturaleza humana es instrumento unido a la Divinidad en orden a la salvación universal y restauración cósmica, la encontramos en el prefacio II de la Navidad: «El que era invisible en su naturaleza se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno, engendrado antes del tiempo, comparte nuestra vida temporal para asumir en sí todo lo creado, para reconstruir lo que estaba caído y restaurar de este modo el universo, para llamar de nuevo al Reino de los cielos al hombre sumergido en el pecado» (Misal Romano).

El breve comentario del Cartujano no añade nada nuevo²⁸. Cornelio a Lápide resume las distintas exégesis de los Santos Padres en la triple dirección que él llama sentido *literal*, *sublime* y *simbólico*. En sentido literal, la ἀνακεφαλαιώσεις significa unir los hombres y los ángeles que estaban separados y hasta enemistados, volviendo a juntarlos con la única Cabeza, que es Cristo, conforme a la opinión del Crisóstomo, Teofilacto y San Anselmo; aunque San Agustín y San Gregorio Magno se fijan más en la reintegración de los ángeles caídos

26. F. PRAT, *La teología de S. Pablo*, II, México 1947, p. 110.

27. «Quod quidem sacramentum est *instaurare omnia in Christo*, id est per Christum... (núm. 26). *Omnia*, inquam, *quae in caelis*, id est Angelos: non quod pro Angelis mortuus sit Christus, sed quia redimendo hominem, reintegratur ruina Angelorum. Ps 109, 6: *Implevit ruinas*, etc. Ubi cavendus est error Origenis, ne per hoc credamus Angelos damnatos redimendos esse per Christum, ut ipse finxit. *Et quae in terris*, in quantum caelestia terrenis pacificat. Col 1,20: *Pacificans per sanguinem crucis eius, sive quae in terris, sive quae in caelis sunt*; quod est intelligendum quantum ad sufficientiam, etsi omnia non restaurentur quantum ad efficaciam» (núm. 29) (SANTO TOMÁS, *Super epist. ad Ephesios lectura*, cap. 1, lect. 3).

28. «*Instaurare omnia in Christo*, id est per Christi mysteria reformare, *quae in caelis*, id est ordines angelorum, supplendo ruinas eorum, *et quae in terra sunt*, id est genus humanum» (DIONISIO CARTUJANO, *In Sacram Scripturam commentaria* (Eph 1,10), t. XIII, Monstrolii 1901, p. 300).

cuyas sedes ocupan los hombres salvados. La significación *sublime* es el mismo Cristo, Cabeza y recapitulación de todas las obras de Dios. En sentido *simbólico* equivale a que, siendo el hombre un microcosmos, por asumir Cristo su naturaleza, lo ha restaurado todo ²⁹.

Prat hace un estudio filológico-exegético del que concluye como posible esta significación: «colocar a Cristo en la cúspide de todas las cosas», como principio de unidad» ³⁰.

Relacionando el texto de San Juan con el de Efesios, cabría decir que el primero contempla la exaltación de Cristo Salvador que muere una sola vez en la Cruz, mientras que San Pablo mira a la exaltación ontológica y permanente del Pantocrator de la resurrección, que está sentado a la derecha del Padre y reina invisible en el tiempo de la Iglesia hasta la Parusía, cuando se revelará plenamente su gloria y su señorío. Expresado de una forma plástica sería la imagen del Corazón de Cristo alzado sobre tantos cerros y colinas, proclamando su realeza de amor y de gracia desde tantos lugares de la geografía universal. Cristo, Señor del mundo: de los hombres y de las cosas, de todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra.

4. *Poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*

Bajo este epígrafe, que es frase casi literal ³¹ y resumen del contenido teológico que encierra, no podemos dejar de señalar una interpretación original de esta «exaltación» de Cristo sobre la Cruz proclamada por San Juan y de la *ἀνακεφαλαιώσεις* paulina. Surgida en nuestros días como un significado nuevo y *dinámico*, de enormes consecuencias, hace también actualísima y conforme a los hombres de hoy la perenne Realeza de Jesucristo. Las exégesis precedentes revisitan un sentido *estático* al hacer la hermenéutica de los textos citados; o, si tienen significación activa, es referida en todo caso a Cristo (Io 12,32) o a Dios Padre (Eph 1,10).

Tal interpretación se encuentra en los conocidos escritos de monseñor Escrivá de Balaguer, que están al alcance de cualquier lector, y no proviene directamente de una elucubración científica basada en métodos filológicos o histórico-críticos, sino de la vida misma que el

29. CORNELIO A LAPIDE, *Comm. in Scripturam sacram* (in Eph 1,10), t. XVIII, p. 591-592.

30. F. PRAT, *o.c.*, p. 111.

31. Cfr. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, núm. 156; *Amigos de Dios*, ed. 4, Madrid 1978, núm. 58.

Espíritu suscita en su Iglesia al compás de los tiempos y sus necesidades, para llegar a una percepción del *sensus plenior* de la Escritura, que es penetrada más profundamente con juicio certero, con una más plena aplicación en la vida³². Igual que en la época de los Santos Padres los sentidos de la Revelación eran deducidos en gran medida desde una inteligencia pastoral que reclamaba la solicitud de los fieles según las diferentes vocaciones.

Tratándose de una *comunicación* no intentamos otra cosa que la presentación de algunos pasajes, sin pretender siquiera el estudio explícito de sus requerimientos y resultados. Para que no se entienda como excusa, citemos dos enseñanzas «íntimamente relacionadas entre sí», que han sido puestas de relieve por un autor que ha considerado los mismos pasajes en otra ocasión y con otra perspectiva, concluyendo: «en primer lugar, la honda comprensión de la identificación del cristiano con Cristo, o, si preferimos decirlo de otra forma, la honda conciencia de la presencia de Cristo en el cristiano para continuar, a través de él, su obra redentora; y, en segundo lugar, la visión de la historia de la salvación como el efecto del amor paternal de Dios Padre que hizo el mundo bueno y, dañado por el pecado, no lo abandonó, sino que envió a su Hijo Unigénito para que así surgiera en la tierra una 'nueva raza de hijos de Dios', a los que fuera dado restablecer la armonía de lo creado. La llamada divina sitúa al hombre ante un fin que trasciende la historia y la gracia no producirá todos sus frutos hasta más allá de la muerte, pero Dios, aunque sea sólo en arras y en esperanza, nos ha concedido ya sus dones, y esa divinización de nuestro ser reverbera sobre la creación: el cristiano, *alter Christus, ipse Christus*, atrae ya hacia Dios todas las cosas»³³.

El pasaje de Juan 12,32 tiene gran importancia en el pensamiento y en la labor apostólica desarrollada a lo largo de diez lustros por monseñor Escrivá de Balaguer: «Desde hace muchísimos años, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y he hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata San Juan: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Io 12,32). Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar

32. Cfr. CONC. VATIC. II. Const. dogm. *Lumen gentium*, núm. 12; Const. dogm. *Dei verbum*, núm. 8 b.

33. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, ed. 6, Epalsa, Madrid 1980, pp. 148-149.

todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»³⁴.

Para el Fundador del Opus Dei no es explicación acabada la de que Cristo lo ha hecho todo por su parte, salvando al mundo con la Cruz y ofreciendo la suficiencia de la Redención a todos los hombres; es preciso entender —además— que ese precio divino ha de ser eficaz por la acción de todos y cada uno de los cristianos, que están llamados a la santidad y al apostolado, hasta poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.

La Cruz nos interpela a todos. Después que Cristo ha cumplido la voluntad del Padre y ha llevado a cabo su obra en el mundo haciendo todo lo que tenía que hacer, es necesario que nosotros —los cristianos— continuemos su misión y llevemos a cabo nuestro propio papel, cumpliendo lo que falta a la pasión de Jesús (cfr. Col 1,24), es decir, haciendo eficaz su Redención universal. Somos con El el *Christus totus* que tanto gustaba a San Agustín, y es la hora de que se realice aquel propósito expresado por el Apóstol: *oportet autem illum regnare* (1 Cor 15,25).

Este programa lo encontramos perfectamente dibujado en la homilía *Cristo presente en los cristianos*: «En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece para siempre. Pero hay que unirse a El por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!».

«*Instaurare omnia in Christo*, da como lema San Pablo a los cristianos de Efeso (Eph 1,10); informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas. *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Io 12,32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura».

«Nuestra misión de cristianos es proclamar esa Realeza de Cristo, anunciarla con nuestra palabra y con nuestras obras. Quiere el Señor a los suyos en todas las encrucijadas de la tierra. A algunos los llama al desierto, a desentenderse de los avatares de la sociedad

34. *Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer*, ed. 3, Madrid 1969. p. 109, núm. 59.

de los hombres, para hacer que esos mismos hombres recuerden a los demás, con su testimonio, que existe Dios. A otros, les encomienda el ministerio sacerdotal. A la gran mayoría, los quiere en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas. Por lo tanto, deben estos cristianos llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de la montaña»³⁵.

El texto es transparente y no necesita más comentario. Pero queremos subrayar la honda penetración de la Sagrada Escritura, que alcanza a integrar de manera armónica los distintos aspectos que había ido descubriendo una exégesis plurisecular, para lograr un nuevo estilo de vida cristiana y de apostolado en el campo del trabajo y en el mundo de los laicos principalmente: todos santos, todos apóstoles, es lo que espera Dios de nosotros los hombres. Y eso porque «en la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece para siempre».

Sin embargo, no basta esa acción anticipada de Dios —*ipse prior dilexit nos* (1 Io 4,10)—, que respeta nuestra libertad y quiere darnos el cielo como premio (cfr. Mt 5,12; 1 Cor 9,24); es requisito esencial de la gracia y de la libertad «unirse a El por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros».

Es digna de notar también la conjunción de los dos pasajes de San Juan y Efesios, como una convergencia complementaria de las valoraciones estática y dinámica que indicábamos arriba: «Cristo, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura» (Io 12,32); pero somos nosotros los que tenemos que «informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas» (Eph 1,10). De donde brota esta luminosa conclusión: «Nuestra misión de cristianos es proclamar esa Realeza de Cristo, anunciarla con nuestra palabra y con nuestras obras. Quiere el Señor a los suyos en todas las encrucijadas de la tierra».

«Esto es realizable, dice en otro lugar, no es un sueño inútil. ¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios

35. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Homilía *Cristo presente en los cristianos* (26-III-1967), en *Es Cristo que pasa*, ed. 8, Madrid 1974, p. 223-224, núm. 104-105.

y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Io 12,32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. Mi reino entre vosotros será una realidad!»

«Cristo, Nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado».

«Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que —por obra del Espíritu Santo— tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum recipe-remus* (Gal 4,5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rom 6,4-5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Eph 1,9-10), que las ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1,20)»³⁶.

Conclusión

Si en otras épocas el modo de sentir y proclamar los cristianos el reino de Cristo, ha revestido caracteres y manifestaciones diferentes, en nuestro tiempo podríamos recortar sus perfiles con estas palabras de la misma homilía: «Cuando Cristo inicia su predicación en la tierra, no ofrece un programa político, sino que dice: *haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos* (Mt 3,2; 4,17); encarga a sus discípulos que anuncien esa buena nueva (cfr. Lc 10,9), y enseña que se pida en la oración el advenimiento del reino (cfr. Mt 6,10). Esto es el reino de Dios y su justicia, una vida santa: lo que hemos de buscar primero (cfr. Mt 6,33), lo único verdaderamente necesario (cfr. Lc 10,42)»³⁷.

Como epílogo podemos añadir este párrafo: «A esto hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que

36. *Ibid.* Homilía *Cristo Rey*, p. 383-384, núm. 183.

37. *Ibid.* p. 377, núm. 180.

nos debe comer el alma: lograr que sea realidad el reino de Cristo, que no haya más odios ni más crueldades, que extendamos en la tierra el bálsamo fuerte y pacífico del amor. Pidamos hoy a nuestro Rey que nos haga colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado»³⁸.

Retomando el comentario del profesor Illanes podemos decir que entonces surge «una actitud de espíritu en la que se entremezclan vida de oración, aprecio por los dones divinos ya recibidos, alegría humana, ansias de eternidad, trabajo, esfuerzo por realizar en la tierra el amor de Dios, sentido de la amistad, deseo de ayudar a los hombres *haciendo amable su camino de santidad en el mundo*. Y todo ello estructurado en torno a la conciencia de la filiación divina y al deseo de *colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*. Porque, subrayémoslo, el *si exaltatus fuero a terra*, el «cuando sea levantado sobre la tierra», es visto por Mons. Escrivá de Balaguer, a la vez, como un anuncio y como un mandato: como el anuncio del triunfo de Cristo en la Cruz y como el mandato que ese mismo Cristo dirige a los cristianos para que lo hagan presente en la entraña misma del mundo, no ya mediante meros signos exteriores, sino, mucho más radicalmente, siendo ellos personalmente Cristo: dejando que el Espíritu Santo penetre en sus almas, infunda en ellas una vida nueva, la vida de Cristo que, manifestándose en las obras, difunda en el mundo los frutos de la gracia. Se trata, como ya antes comentamos, de santificar las actividades humanas, pero no de manera extrínseca o artificial sino *desde dentro*, es decir, siendo personalmente cristianos y por tanto transmitiendo espontáneamente a las propias acciones la savia de la que se vive»³⁹.

Ahí está verdaderamente la *exaltación* que Cristo quiere, ese es el camino de la recapitulación de todo en Cristo, esa es la efectiva Realeza que el Hijo de Dios trató de conquistar con el estandarte de la Cruz, que es el trono donde reina: si con fidelidades de santidad cristiana lo ponemos en la cumbre de todas las actividades humanas.

38. *Ibid.* p. 384, núm. 183.

39. J. L. ILLANES, *o.c.*, p. 150-151.